

# DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

## Después de la huelga.

Los periódicos publican la trágica estadística de los muertos, heridos y presos á consecuencia de los «sucesos» de la huelga. ¡Un horror! ¡Todo un mar de sangre que ha inundado á Barcelona!

Y después de todo, ¿para qué?

La huelga de los obreros metalúrgicos sigue sin resolver, y, según todas las probabilidades, se resolverá en beneficio de los patronos. Ha resultado, pues, estéril el sacrificio de los obreros. La causa de la razón y de la justicia ha sido una vez más vencida por la causa de la sinrazón y de la iniquidad. El capital sigue triunfante. Al freir será el réir, que diría Ferreras.

## HERALDICA INFANTIL

—Ven acá, rico; estoy muy satisfecho de ti. En premio de tu aplicación y de las buenas notas que has sacado, voy á darte este duro para que lo gastes en lo que tú quieras.

—¿Qué gusto, papá! Me voy á comprar un sable, y un caballo, y una caña de soldados, y un tambor, y un velocípedo...

—Pues no quieres tú que el duro de poco de sí.

—¿Ay qué bebé!

—¿Cómo bebé? Ese es el rey de España.

—¿El rey? ¿Ese niño tan chiquito?

—Sí, hijo, el rey.

—Dí, papá: ¿un rey no manda más que un capitán?

—Muchísimo más.

—¿Pues no me decías el otro día que para ser capitán, como el tío, necesitaba tener bigote? ¿No se necesita tener bigote para ser rey?

—Mira, galán: para ser cura, militar, abogado ó ingeniero, hay que seguir una carrera, trabajar mucho, pasar muchos años estudiando. Para ser rey basta ser hijo de un papá que haya sido rey.

—¿Toma! De modo que aunque uno sea hijo de un general ó de un obispo...

—¡Calla, chiquillo! Los obispos no tienen hijos.

—¿Y por qué este rey piquenito no tiene más que cabeza?

—Tiene cuerpo también, sólo que no lo han puesto porque no cabía en la moneda.

—¿Y cómo se llama este rey chiquitín?

—¡Ah! lo pone; lee.

—Alfonso XIII... ¡Qué mal número! Mamá dice que el trece es número de muy mala sombra.

—Esas son brujerías; no hay que creer en eso. Vamos, sigue leyendo.

—Alfonso XIII... por la G. de Dios. ¿Por la G. de Dios?

—La G. es la gracia. Por la gracia de Dios.

—¿Ay qué gracia!

—Vuelve el duro; sigue leyendo al otro lado.

—Por la gracia de Dios, ¡cinco pesetas!

—No; ahí no. Aquí.

—Por la gracia de Dios rey *consta* de España.

—Es una abreviatura; quiere decir rey constitucional.

—¿Y qué es rey constitucional?

—Rey constitucional es un rey que no tiene nada que hacer.

—Mira, papá, qué chichonera.

—No es chichonera, muchacho; es la corona real.

—¡Ah, sí! La corona del rey niño. ¡Cuántas cosas hay pintadas en este cuadrado! La plaza de Melilla, un gato jugando, unas fajas y muchos huevos.

—No digas desatinos. Esa torre representa á la antigua Castilla. El gato no es gato, sino el viejo león castellano. Las fajas son... barras de oro que hay en el Banco para acuñarlas y pagar la lista civil. Eso que te parecen huevos no son huevos, sino eslabones de cadenas para prender á los hombres malos que no quieren al rey.

—¿Y estas setas que están en medio metidas en un circulito?

—No son setas, son flores de lis, lirios que representan á la familia de los Borbones, á la cual pertenece el rey por el lado de su papá.

—¿Y ese rabanito que hay debajo?

—¡Qué rabanito! ¡Lo que inventan estos chicos! Eso es una granada, el símbolo de la ciudad de

Granada que tomamos á los moros en tiempo de los Reyes Católicos.

—Dí, papá: ¿y los moros no nos la han vuelto á tomar?

—Todavía no.

—¿Y esas columnas rodeadas de unas bandas con unos letreros que dicen *plus ultra*?

—Oye, monín; *plus ultra* son dos palabras latinas que quieren decir que ya no me hagas más preguntas.

ALFREDO CALDERÓN

## LA MAREA

Ya se escucha en las orillas  
el rumor de la marea;  
vendavales de dolores  
traen sus olas turbulentas.

Son lamentos y sollozos de incontables muche-

[dumbres

que sufrieron el martirio bajo el yugo de la fuerza;

viene henchida de agonías;

¡Ya se acerca!

Es el grito del espanto del minero que sucumbe  
asfixiado por el fuego en la entraña de la tierra;  
siendo el lodo del abismo tenebroso su mortaja,  
no dejando más que el hambre  
por herencia.

Es el grito del que cae de una cumbre del pa-

[lacio

jaspeando con su sangre el vestíbulo de piedra,

donde luego, vanamente, clamarán sus peque-

[ñuelos

cuando vayan mendigando

por las puertas.

Es el grito sin consuelo de la inmensa desven-

[tura

de la virgen que se vende, de la virgen que se

[entrega,

fustigada en su abandono por el látigo del hambre  
y agobiada de cansancio  
y de miseria.

Es el llanto de amargura de la infancia sin am-

[paro,

que tiritita, escarchada por el cielo su cabeza,

disputando fieramente con los perros vagabundos  
el mendrugo enmohecido  
de la cena.

Son los ayes de los pobres desvalidos viejecitos  
que agotaron, trabajando como honrados, la exis-

[tencia,

y se mueren solitarios en rincón abandonado  
siendo escarnio de los hombres  
su tristeza.

Son los gritos de los seres humillados y vencidos  
que formaron hondos mares con sus lágrimas de

[pena;

¡Hondos mares tormentosos, de corrientes desbor-

[dadas,

donde rugen huracanes

y centellas!

Ya se escucha en las orillas  
el rumor de la marea;

no habrá rocas, ni aún las altas,

que resistan los embates de sus olas turbulentas;  
viene henchida de agonías;

¡Ya se acerca!

ROSARIO DE ACUÑA

PRESBITEROS

## DON MANOLITO

No había madrileño más *pur sang* que el presbitero Manolito. Pequeño de estatura hasta lo inverosímil, feo hasta lo fantástico, rostro huesudo de color de barro cocido, boca enorme de delgados labios que con maliciosa sonrisa se plegaban continuamente, ojillos pequeños de metálico brillo velado por enormes gafas de aurea montura y calva zapatera, se paseaba por calles y plazas y era asiduo tertulio en célebre sastrería vestido de seglar, pero de seglar elegante; levita de corte irreprochable, blanca y brillante pechera, reluciente sombrero de copa, bota de charol á lo

Floranes y gabán de los entonces llamados progresistas.

Los teatros madrileños, rebosantes de alegría; los cafés, segunda casa, ó primera de todo madrileño, recibíanle á diario siempre alegre, dicharachero y dispuesto á lanzar el cuentecillo verde ó escabroso.

Había, sin embargo, una segunda naturaleza en nuestro Manolito, naturaleza que pudiéramos llamar *traje de mañana*, pues en las primeras horas del día se ostentaba.

Sotana de flamante paño; manto que á fuerza de ser largo quería disimular la pequeñez simia del cuerpo que envolvía; enorme teja á lo don Basilio y correcto alzacuello daban á nuestro héroe el aspecto de esas toscas figuras de barro, ornato y regocíjo de la romería de San Isidro.

«¿Qué lástima, decían las gentes, que madrileño tan simpático sea!...» y aquí la maledicencia pronunciaba una palabra que no hemos de reproducir.

«¿Qué lástima que el curita, eterno concurrente al café donde envuelto en azuladas nubes de humo de tabaco es la alegría de todos, tenga la aberración del...»

«Pero hombre, ¿cómo don Manolito tan *echao* para *alante* y tan aficionado á salpicar su charla de varoniles interjecciones, tiene el mal gusto de...»

Estas murmuraciones eran un continuo torcedor que martirizaba el noble corazón del alegre cura y juez inexorable.

Apresurémonos á declararlo. No había el más mínimo fundamento para tales acusaciones, que dichas *sotto voce* y á la continua formaban ya un *runrún* nada agradable á las enormes y melendadas orejas del madrileño sacerdote.

Nada más inocente é imaculado que su vida. Lo era tanto, que huyendo como de la peste la compañía de mujeres ó disipados seglares, tan sólo de Antonio, fervoroso y melifluido sacristán de un convento de monjas, se acompañaba.

Era el Antonio hombre de hasta veinte años, de dulcísimo hablar, cutis satinado, redondeadas formas, color pálido, vivísima imaginación, y tan apto y despierto para el oficio á que se había dedicado, que él mismo fabricaba los enormes ramos de flores de vivísimos matices é inverosímiles hojas doradas; colocaba, por modo artístico, las blancas y rizadas sabanillas, sujetándolas con rosados ó celestes lazos; disponía los candeleros del altar con gal arte, que las luces formaban el nombre de Jesús ó el de María; comprometía para los sermones á los predicadores más de moda; conseguía siempre que las damas más encopetadas contribuyeran espléndidamente á sufragar los gastos de las funciones religiosas, y tenía encantadas á las Mercenarias monjas con sus palabras siempre santas, su aspecto siempre modesto y sus afectos siempre puros.

Este *ángel*, en carne humana, llegó á identificarse de tal modo con su señor y superior don Manolito, capellán de las monjas ya nombradas, que en casa, sacristía, regocíjos, paseos y visitas, apenas se veían relucir las vitreas barricadas que sobre la nariz del capellán cabalgaban, ya se sabía que la figura del finísimo sacristán se presentaba.

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

«¡Hosanna!» cantando de júbilo llenas,  
«¡Hosanna!» al poeta que anuncia la aurora.

II

Castigos los verdugos,  
los mártires coronas,  
consuelos los esclavos  
hallarán en sus notas.  
Para el tirano azote,  
para el déspota argolla,  
duerme en ella el glorioso  
himno de los ilotas;  
mas si para pulsarla  
las fuerzas me abandonan,  
y, luchando, tropiezo,  
y caigo en honda fosa:  
los que, cual yo, subisteis  
la cuesta agobiadora,  
cuando abordéis la cima  
sagrada y victoriosa,  
¡arpas que de la patria  
saludaréis la aurora,

del arpa acordaos que fúnebre queda  
en noche de olvido gimiendo sin gloria!

M. CURROS ENRIQUEZ

## LA ÚLTIMA BATALLA

¡Ah! ¡La última guerra, la última batalla! Fueron tan terribles, que los hombres han roto para siempre sus espadas y sus cañones... Era el comienzo de las grandes crisis sociales que acaban de renovar el mundo, y yo he sabido estas cosas por boca de seres cuya razón se había entenebrecido á consecuencia del choque supremo entre las naciones.

En la delirante crisis de los pueblos, ya llevando en su seno la sociedad futura, una mitad de Europa se arrojó sobre la otra, y los continentes siguieron y las escuadras chocaron sobre todos los océanos, por la dominación de las aguas y de la tierra. Ni una nación quedó descartada: encadenadas las unas á las otras, dos ejércitos inmensos entraron en línea de combate, enardecidos por fueros ancestrales, resueltos á aniquilarse, como si en los campos vacíos y estériles hubiera, de entre dos hombres, uno de más...

Y los dos ejércitos inmensos de hermanos enemigos se encontraron al centro de Europa, en vastas llanuras, donde millares de seres podían estrangularse. En leguas y leguas las tropas se desplegaron, seguidas de otras tropas de refresco, un tal torrente de hombres, que durante un mes la batalla duró. Cada día había nueva carne humana para las balas y bombas. No se tomaban el trabajo siquiera de recoger los muertos: el montón formaba montañas, detrás de las cuales regimientos nuevos, invisibles, venían á hacerse matar. La noche no detenía el combate, y se degollaban en la sombra.

El sol, en cada una de sus auroras, alumbraba mares de sangre: un campo de matanza en que la horrenda cosecha hacinaba los cadáveres en pirámides altas, muy altas... Por todas partes fulminaba el rayo; cuerpos de ejércitos enteros desaparecían como arrebataados por un trueno.

Los combatientes no tenían ni necesidad de aproximarse, ni de verse; los cañones mataban del otro lado del horizonte, lanzaban bombas cuya explosión arrasaba hectáreas de terreno, asfixiaba, envenenaba. Del mismo cielo, una porción de globos lanzaban proyectiles, incendiando las ciudades al paso. La ciencia había inventado explosivos, máquinas capaces de llevar la muerte á distancias prodigiosas; de tragarse bruscamente todo un pueblo, como en un terremoto... ¡Y qué monstruosa matanza en la última noche de aquella batalla gigante!

Jamás parecido sacrificio humano había humeado bajo el cielo. Más de un millón de hombres yacían allí, en los vastos campos devastados, á lo largo de los ríos, al través de las praderas. Podía-se caminar horas y horas, días y días, hallando siempre soldados muertos, con los ojos desmesuradamente abiertos, clamando la locura humana por sus bocas vacías y negras. Y aquella fué la última batalla, y de tal suerte el espanto heló los corazones, que al despertar de la atroz borrachera, todo el mundo comprendió que la guerra no era ya posible, vencida por la ciencia todopoderosa, soberana, creadora de vida y no de muerte.

EMILIO ZOLA



# DON QUIJOTE

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



D. Práxedes.—¿Qué es eso, Alfonsito?  
Alfonso González.—Señor, parece una aurora boreal.  
D. Práxedes.—¡Desgraciado, entonces ha llegado la hora de dimitir!

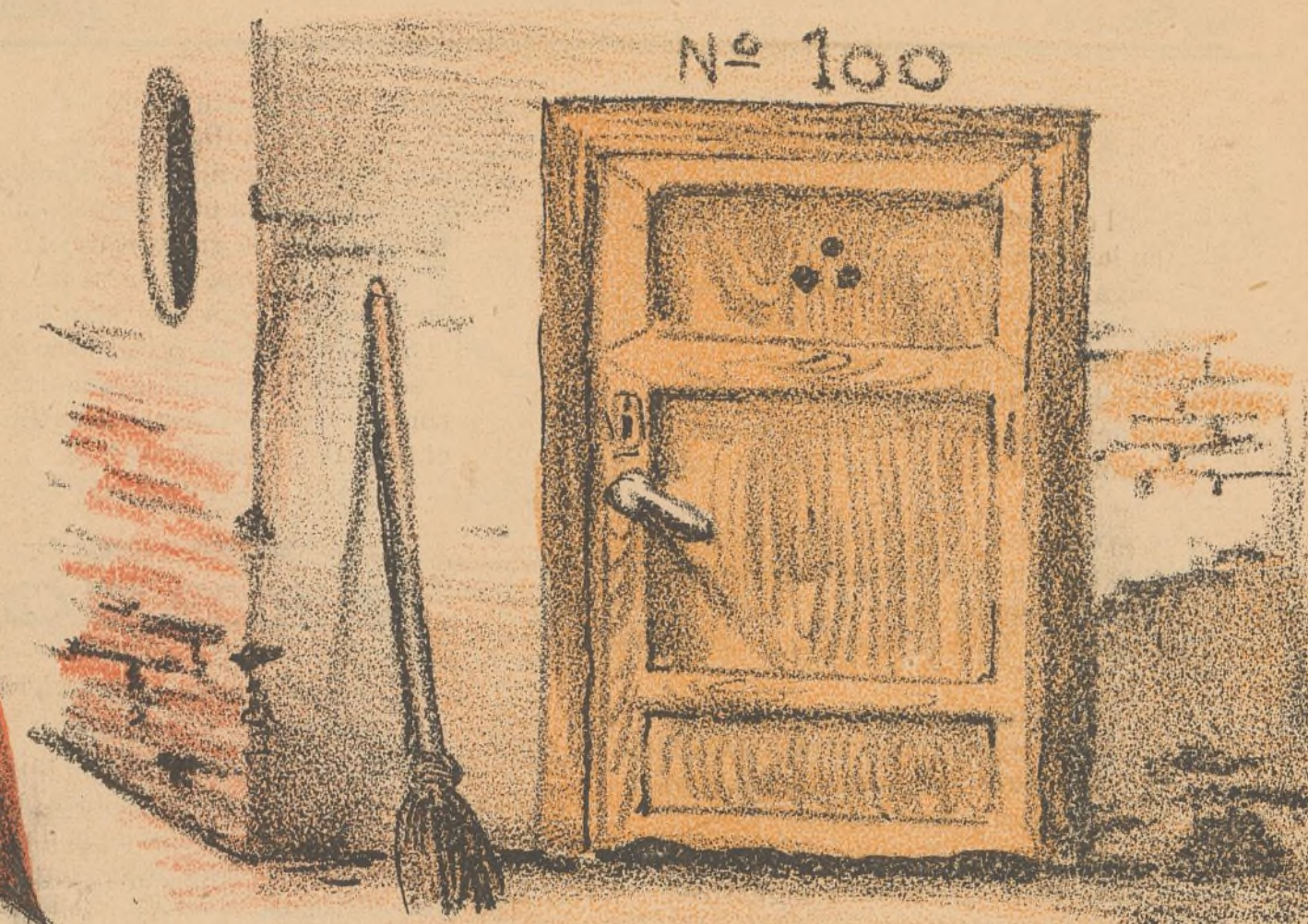
LOS NUESTROS



A los obreros: ¡Meteos á frailes! ¡Es el único modo de resolver la cuestión social!



D. Práxedes.—¡Miren ustedes que es triste; siempre que yo gobierno ha de llover sangre!



Rompecabezas.  
¿Dónde están los Diputados catalanistas?



Las hermanas Rodica y Doodica.  
¡¡Pobres criaturas!!



Después de la huelga.  
Como verán ustedes se han restablecido las buenas relaciones entre patronos y obreros.

¡Así resuelve el gobierno la cuestión social!

LIT. MENDEZ - ISABEL LA CATÓLICA - 25-MADRID



## CASTILLA

El ciego sol se estrella  
en las duras aristas de las armas.  
llaga de luz los petos y espaldares  
y flamea en las puntas de las lanzas.  
El ciego sol, la sed y la fatiga.  
Por la terrible estepa castellana,  
al destierro, con doce de los suyos,  
—polvo, sudor y hierro—El Cid cabalga.

Cerrado está el mesón á piedra y lodo.  
Nadie responde. Al pomo de la espada  
y al cuento de las picas el postigo  
va á ceder.... Quema el sol... El aire abrasa...

A los terribles golpes  
de eco ronco, una voz pura, de plata,  
y de cristal, responde. Hay una niña  
muy débil y muy blanca  
en el umbral. Es toda  
ojos azules, y en los ojos lágrimas.  
Oro pálido nimbaba  
su carita curiosa y asustada.

—Buén, Cid, pasad. El rey nos dará muerte,  
arruinará la casa,  
y sembrarán de sal el pobre campo  
que mi padre trabaja.  
Idos; el cielo os colme de ventura:  
con nuestro mal, ¡Oh Cid! no gaudis nada.

Calla la niña y llora sin gemido:  
un sollozo infantil cruza la escuadra  
de feroces guerreros.  
y una voz inflexible grita:—¡Eni marchal!

El ciego sol la sed, y la fatiga...  
Por la terrible estepa castellana  
al destierro, con doce de los suyos,  
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.

MANUEL MACHADO

## Opiniones sobre la huelga.

Hasta la fecha no han matado á ningún burgués, de modo que ahí me las den todas.—*El marqués de Comillas.*

Eso de las huelgas me tiene completamente sin cuidado. ¡La concentración democrática, eso es lo que me preocupa á mí!—*Sagasta.*

Me río yo de la solidaridad de los obreros! Para solidaridad la de Navarrotreverter y Castellanos!—*El duque de Tetuán.*

No creo en la cuestión social, pero creo en la cuestión de orden público. Y ya saben ustedes cuál es mi programa: ¡garrotazo y tinte tieso!—*Romero Robledo.*

¡Pedir nueve horas de trabajo diarias! ¡Holgazanes! ¡Perezosos!—*El padre Sans.*

Pedazos de pan envueltos en hojas de *El Siglo Futuro*. La alimentación del cuerpo y del espíritu. ¡Así se resolvería la cuestión social!—*Nocedal.*

No hay más que un medio para resolver el problema: ¡que me den el poder!—*Silvela.*

El miedo no me deja pensar. Pero eso de Barcelona es muy grave. Créanme ustedes á mí. Muy grave.—*Robert.*

Hace ya diez años que me declaré en huelga forzosa, y, sin embargo, ni se ha hundido el firmamento ni han temblado las esferas. ¡Me río yo de los peces de colores!—*López Domínguez.*

¡Que los obreros no tienen pan! ¡Pues que coman trufas!—*Una dama de la aristocracia.*

Bueno, ante todo, permitanme ustedes una pregunta: ¿huelga, se escribe con hache?—*Capdepón.*

Los momentos son difíciles, muy difíciles... Las masas están desbordadas... Temed al desenfreno de las turbas... ¡Ah, si no se hubiese muerto Gamazo!...—*Maura.*

Los obreros se quejan sin razón ni motivo. ¡Si tuvieran hipotecadas sus casas como yo!—*Moret.*

Desengáñense ustedes; de todo lo que ocurre tiene la culpa Urzáiz, por pretender limitar la circulación fiduciaria del Banco.—*Villaverde.*

Yo opino que eso de las huelgas es cosa de los obreros, y no hay quien me lo quite de la cabeza. Y lo mismo opina Sánchez Pastor.—*Alfonso González.*

¡Qué escándalo! ¡La clase proletaria poniéndose enfrente de la clase patronal! ¡Esto es el fin del mundo! ¡Esto es el disloque! ¡Esto es el desmigue universal!—*Barrio y Mier.*

¡Sangre y exterminio  
haya por doquier!

Lerroux.

¡Aquí estoy yo!—*Weyler.*

¡Pobres capitalistas y qué trabajo les cuesta explotar á los obreros!—*Montero Ríos.*

## MÍSTICA

En el viejo jardín de la abadía  
se alza de un santo monje la escultura  
que turba con su fúnebre blancura

de los cielos la azul monotonía.

Inmóvil á las Horas desafia,  
con las miradas fijas en la altura,  
y proyecta en la trémula espesura  
la sombra de su gris melancolía.

No hay pájaros; ni suena un plegaria  
en el jardín... Tan sólo cuando vierte  
el Sol la sangre de su luz postrera  
se enrojece la estatua solitaria,  
como si bajo el mármol de la Muerte  
el rosál de la vida floreciera.

FRANCISCO VILLAESPESA

## VERSOS

«El lobo blanco del invierno,  
el lobo blanco viene...»

Y me he sentido muy triste en mi solitario despacho, y he echado al fuego toda la leña que me quedaba... Y al resplandor de la llama—qué fantástico resulta todo esto ¡verdad!—he leído un libro de versos, Machado; he leído su libro de versos, Villaspesa. Luego me he puesto á escribir con la impresión aún viva de *Alma* y de *El alto de los bohemios*.

Machado es un poeta extraño, Villaspesa lo es también. Sin embargo, ni el uno ni el otro tienen personalidad propia. Machado ha debido de gozar más de una vez á la musa helénica de Moreas; quizá también haya gozado de los amores raros de la musa de Baudelaire... Machado, aunque cante á Felipe IV y al Cid, no es un poeta de la «meseta castellana», no es un poeta «nuestro». Su vino andaluz está amargado por el ajeno. Machado ha nacido en Sevilla, pero ha vivido en París. Y, sin embargo, él no cree que sean incompatibles la calle de las Sierpes y el boulevard. ¡Y no se puede ser á un mismo tiempo andaluz y parisense!

Pero Machado, digan lo que digan los críticos al respecto, es un poeta. Su libro *Alma*—en el que hay, afortunadamente, más cuerpo que alma, más materia que espíritu—, es un libro muy desigual, pero muy hermoso. A mí me ha hecho sentir y pensar.

*El alto de los bohemios* es también un libro interesantísimo. Villaspesa tiene una variedad de «aspectos» sorprendente. Lloro como Byron, río con el dolor de Haine, siento el amor cerebral como D'Annunzio, y á veces su fácil musa tiene el gesto trágico y solemne del propio Víctor Hugo. Es un poeta en cuya lira vibran todos los grandes sentimientos.

Sin embargo, en todo lo de Villaspesa hay algo propio, hay algo suyo. ¡Si él quisiera huir de extrañas influencias, y cultivar su jardín sin la ayuda de nadie! ¡Qué hermosas flores, qué hermosos frutos produciría!

La lumbre se apaga y siento sueño. Me voy á dormir. ¡Me voy á soñar con *Alma* y con *El alto de los bohemios*.

MIGUEL SAWA

## EL LUJO

—La tenía sobre mis rodillas—dijo el amigo Martínez—y comenzaba á fatigarme la tibia pesadez de su cuerpo de buena moza.

Decoración... la de siempre en tales sitios. Espejos de empañada luna, con nombres grabados semejantes á telas de araña; divanes de terciopelo desteñido, con muelles que chillaban escandalosamente; la cama con teatrales colgaduras, limpia y vulgar como una acera, impregnada de ese lejano olor de ajo de los cuerpos acariciados; y en las paredes retratos de toreros, cromos baratos con púdicas señoritas oliendo una rosa ó contemplando lánguidamente á un gallardo cazador.

Era el aparato escénico de la celda de preferencia en el convento del vicio; el gabinete elegante reservado para los señores distinguidos; y ella, una muchachota dura, fornida, que parecía traer el puro aire de las montañas á aquel pesado ambiente de casa cerrada, saturado de colonia barata, polvos de arroz y vaho de palanganas sucias.

Al hablarme acariciaba con infantil complacencia las cintas de su bata: una soberbia pieza de raso, amarilla rabiosa, algo estrecha para su cuerpo, y que yo recordaba haber visto meses antes sobre los flácidos encantos de otra pupila muerta; según noticias, en el hospital.

Pobre muchacha. Estaba hecha un mamarracho: los duros y abundantes cabellos peinados á lá griega, con hilos de cuentas de vidrios; las mejillas, lustrosas con el rocío del sudor, cubiertas por espesa capa de velutina; y como para revelar su origen, los brazos de hombruna robustez, morenos y duros, se escapaban de las amplias mangas de su vestidura de corista.

Al verme seguir con mirada atenta todos los detalles de su extravagante adorno, creyóse objeto de mi admiración, y echaba atrás su cabeza con petulante gesto.

¡Criatura más sencilla!... Aún no habían entrado en ella las costumbres de la casa; y decía la verdad, toda la verdad á los señores que deseaban saber su historia. La llamaban Flora; pero su nombre era Mari Pepa, no era huérfana de coronel ó magistrado, ni contaba las novelas enrevesadas de amores y desventuras que urdían sus compañeras para justificar su presencia allí. La verdad, siempre la verdad; á ella la colgaban por franca. Sus padres eran labriegos acomodados en un pueblecillo de Aragón: campos propios, dos mulas en la cuadra, pan, vino y patatas abundantes todo el año; y por las noches los mejores mozos del pueblo llegaban en rondalla bajo su ventana para ablandarla el corazón cople tras cople, y llevarse con su moreno cuerpo de moza fuerte los cuatro bancales heredados del abuelo.

—Pero ¿qué quieres, hijo? Me encontraba mal entre tales gentes: aquella rudeza no era para mí. Yo he nacido para señorita. Di, ¿por qué no he de serlo? ¡No parezco tan buena como cualquiera otra!...

Y frotaba contra mi cuello su rabeza de amorosa dócil, de esclava sumisa á todos los caprichos á cambio de estar bien adornada.

Aquellos gañanes—continuó—me causaban repugnancia. Me escapé con el estudiante, ¡sabes! con el hijo del alcalde, y rodamos por el mundo, hasta que me abandonó, y vine á parar aquí esperando algo mejor. Ya ves que la historia es corta... no me quejo de nada; estoy contenta.

Y para demostrar su alegría, la infeliz cabalgaba sobre mis piernas, paseaba sus duros dedos por mi cabeza despeinándose y canturreaba el tango de moda, torpemente, con su aguda voz de campesina.

Confieso que sentí el deseo de hablarla en nombre de la moral, ese anhelo hipócrita que todos tenemos de propagar la virtud cuando estamos hartos y con el deseo muerto.

Ella abrió los ojos asombrada al verme grave, predicándole, como un misionero que ensalzase la castidad con una cortesanía sobre las rodillas, y su mirada iba incesantemente de mi rostro austero á la inmediata cama. Era el buen sentido sublevado ante la incoherencia entre tanta virtud y los excesos de momentos antes.

De repente pareció comprender, y una carcajada hinchó su carnoso cuello.

—¡Asírala!... ¡Pero qué gracia tienes! ¡Y con qué sombra sabes decir esas cosas! Pareces el cura de mi pueblo...

—No, Pepa; te hablo seriamente. Creo que eres una buena muchacha; no sabes dónde te has metido y te lo aviso. Has caído muy bajo, pero mucho. Estás en lo último. Dentro del mismo vicio, la mayoría de las mujeres se resisten y se niegan á las caricias que os exigen en esta casa. Aún puedes salvarte. Tus padres tienen para vivir; tú no has venido aquí empujada por la miseria. Vuelve á tu casa; lo pasado se olvidará; puedes mentir, inventar cualquier historia para justificar tu huida, y ¿quién sabe?... Cualquiera de los mozos que te cantaban se casará contigo, tendrás hijos y serás una mujer honrada.

La muchacha se ponía seria al convencerse de que hablaba formalmente. Poco á poco fué resbalando sobre mis rodillas hasta quedar de pie, mirándose fijamente, como si de pronto viese en mí una persona extraña, como si una muralla invisible se hubiese levantado entre los dos.

—¡Volver á mi casa!—dijo con duro acento.—¡Muchas gracias; sé bien lo que es eso. Levantarse antes de que amanezca, trabajar como una negra, ir al campo, llenarse de callos las manos; Mira, mira cómo las tengo aún.

Y me hacía tocar las duricies que abultaban las palmas de sus fuertes manos.

—Y todo esto, ¿á cambio de qué? ¡De ser honrada!... ¡Para tí! No soy tan tonta. Toma, para los honrados.

Y acompañaba estas palabras con unos cuantos ademanes indecorosos, aprendidos en su tertulia con las compañeras.

Después, canturreando, fué á mirarse en un espejo y saludó con una sonrisa la cabeza enharinada y cubierta de perlas falsas que asomaba á la turbia luna, contrayendo su boca pintada de rojo, como la de un clown.

Cada vez más aferrado á mi carácter de virtuoso, seguí sermoneándola desde mi asiento, envolviendo en sonoras palabras mi hipócrita propaganda. Hacía mal; debía pensar en el porvenir. El presente no podía ser más malo. ¡Qué era ella! Menos que una esclava; un mueble; la explotaban, la robaban, y después... después sería peor: el hospital, las enfermedades asquerosas...

Pero otra vez su brutal carcajada me interrumpió.

—Vaya, chico, dejame en paz.

Plantándose ante mí me envolvió en una mirada de inmensa compasión.

Pero, hijo, qué tonto eres. ¡Crees que puedo volver á aquella vida de perros habiendo probado ésto!... No; yo he nacido para el lujo.

Y abarcando en una mirada de devotada admiración los sillones cojos, el diván desteñido y aquella cama por donde pasaba todo el mundo, comenzó á pasear por la sala, gozándose en el fru fru de su cola al arrastrar por el suelo, aca-

riciando con las manos los pliegues de aquella bata que aún parecía conservar el calor del cuerpo de la otra.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

## LIBROS

La importante casa editorial Lezcano y Compañía continúa su labor con tanta fe como entusiasmo. Merece los elogios más calurosos y la más sincera felicitación.

A las obras que figuran en su catálogo y que dan ya un regular contingente á las bibliotecas, debemos añadir cuatro más, no menos notables que las publicadas hasta aquí.

*El supremo instante*, por el Conde León Tolstói. Es este uno de los libros más sugestivos del célebre escritor ruso. Sus páginas están impregnadas de ese sentimiento de misterio que produce á los humanos el espectáculo y la idea de la muerte.

*Lucha estéril* (Mal del siglo, por E. Conscience). Narración habilísima, estudio psicológico de un carácter. Pintase en este libro con hábil pluma el riesgo á que conduce el abandono de la vida sencilla, de los placeres puros y nobles en plena naturaleza, trocados por las seducciones de la existencia agitada, febril, en las ciudades populosas.

*Veladas del hogar* (Cuentos humorísticos), por Mark Twain. Preciosa colección escrita con tanta sal ática y con tanto ingenio, que no es preciso decir más para recomendar su lectura. Basta con citar algunos títulos: «Una novela de la Edad Media», «De cómo fui director de un periódico de Agricultura», «La célebre rana saltadora del condado de las calaveras», «Sobre la decadencia en el arte de mentir», «Las camareiras», «Por qué me muero»... Está además escrito en forma cultísima.

*Esclavas del oro* (Trata de Blancas), novela original de Ramón Sempau. El joven y distinguido escritor Sempau ha hecho un estudio interesante, discretísimo de ese problema social que está preocupando vivamente á filósofos y pensadores.

De esta rápida nota resulta que los editores Lezcano y Compañía procuran dar á sus libros una variedad ciertamente notable.

## ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

Estamos en plena Cuareisma. Ha llegado la época de la meditación y del reposo. ¡Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13!*

No hay manjar indigesto si se rocía con el rico *Vino Valayón*. ¡Es el vino más estomacal que se conoce! De venta en la calle del Caballero de Gracia, 56.—*Bodega del Jalón.*

¡Qué artista es D. A. Vallejo! ¡Qué muebles más elegantes, más exquisitos hace! ¡Id á verlos y os convenceréis! *Alcalá, 17.*

Me río yo de la huelga general y de todo lo divino y humano. ¡Qué contento estoy! ¡Claro! ¡Como que me he bebido unas cuantas copias de *Anís del Mono!*

## LA INGLESA

¡Sois aficionados á la literatura... alegre? ¡Que réis precaveros de ciertos riesgos que proporciona el amor fácil! Pues visitad *La Inglesa, Montero, 35, (Pasaje del Comercio).*

## VINOS DE RIOJA

Tinto fino.....	0,50 botella.
Clarete superior.....	0,75 »
Rioja Medoc.....	1,00 »

En botellas con malla precintada.

**SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»**

## CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

## La Cosmopolite.

No hay competencia posible con este papel de fumar de puro hilo. Es el más higiénico de todos. Pedirlo en los estancos. Precio: 10, 15 y 20 céntimos. Depósito, Farmacia, 3, principal.—Francisco Igual, Madrid.

## DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

**Número suelto, 15 cts; atrasado, 30.**

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.